



11 de noviembre de 1888<sup>1</sup>

## Dejarlo todo, salir de uno mismo para adquirir el santo amor de Dios

Mis queridas hermanas,

Desde la visita de Monseñor Weld, siempre he querido volver sobre lo que él dijo para insistir en algunos puntos que tal vez no hayáis comprendido como yo, y que son el fundamento que él dio a su doctrina. **Si alguien quiere venir en pos de mí, debe negarse a sí mismo, tomar su cruz cada día y seguirme.**

Hay que renunciar a todo, a sus padres, a sus hermanos, a sus hermanas, y sobre todo a sí mismo; por eso monseñor Weld dijo varias veces: «No sabéis lo difícil que es». Esa renuncia a todo es muy difícil, porque en el camino nos encontramos con nuestros gustos, nuestros afectos, todo lo que somos nosotros mismos, todo lo que en nosotros tiene afinidad con el mundo externo. Por eso que Monseñor Weld introdujo el santo amor de Dios en su doctrina. ¿Por qué no podemos renunciar a nosotras mismas, por qué encontramos el yugo difícil y la carga pesada de llevar? Porque no poseemos el santo amor de Dios que nos da la fuerza para resistir a todo. No insistiré en este lado del amor, pero sí en el de la renuncia a todo.

En un retiro, siempre llegamos a este punto fundamental: siempre se habla de esta renuncia de una forma u otra. He oído al Padre d'Alzon predicar que el gran obstáculo para la perfección es el amor propio. San Ignacio nos pide que lleguemos a la santa indiferencia; ciertamente esta doctrina no es fácil. Llegar a la indiferencia sobre el hecho de tener salud o enfermedad, sobre el sufrimiento y el consuelo, los trabajos de uno u otro tipo; ser indiferente con relación a los lugares, a las personas, a las cosas, al honor o al deshonor. San Ignacio quiere que nos establezcamos en esta santa indiferencia, para estar siempre dispuestas a seguir la santa voluntad de Dios, a hacer lo que más le agrada; es el acto supremo de amor. San Vicente de Paúl habla también de la santa indiferencia. Dice que un alma que no está establecida en esta indiferencia no puede servir a Dios con generosidad y fervor.

Por tanto, quien todavía se aferra a algo por sí mismo (pues siempre es por sí mismo por lo que nos aferramos a las cosas), no es libre, no está dispuesto a seguir a nuestro Señor. Lo he dicho antes y lo repito, hermanas mías, esto es muy difícil; pero también es cierto que, si ésta es la condición de la perfección y de un mayor amor a Dios, debemos mirar cada día si renunciamos a nosotros mismos y hasta qué punto somos indiferentes y abandonados a todos los planes de Dios sobre nosotros, y esto vale para todo y para todos. Nuestro Señor dijo: «a todo»; se dice pronto, pero no se hace pronto.

Normalmente, cada uno se aferra a algo: uno se aferra a su honor. Santa Teresa, como sabéis, tiene largas peroratas contra el punto de honor que se coló hasta en sus carmelitas más perfectas. La otra no se desprende de su salud. Las enfermedades no dejan de ser grandes cruces que aceptar; ved a los enfermos confinados en sus lechos, privados de todo, impedidos de ir siquiera a los ejercicios de piedad, obligados a renunciar a todo. Además, cuando se es indiferente entre

un estado tan penoso y otro en el que se podría actuar y trabajar, es porque existe la virtud y no se llega a ella sin dificultad.

Después de haber oído con consuelo lo que Monseñor Weld ha dicho sobre el santo amor, la belleza de Nuestro Señor, la infinita bondad con que se dirige a nosotros con palabras llenas de dulzura, estas palabras que hace oír a las almas fieles, debéis examinar también cada día de vuestra vida cuál es el fundamento dado a vuestro amor, es decir, cuánto os aferráis a vosotros mismos, cuánto renunciáis a vosotros mismos, cuánto sois desprendidos, para que Nuestro Señor pueda venir a vosotros.

No tendréis las grandes pruebas de los mártires de China, pero ¿estáis preparados para soportar las diez mil picaduras de abeja que se os presentan cada día? Esto es lo que hace que la vida ordinaria sea muy dolorosa, y sufres tanto más cuantas más conservas tu amor propio. Un alma desprendida sufre bien, pero no se irrita por el sufrimiento, no tiene voluntad, no puede elegir lo que le gustaría o lo que no le gustaría. Se ha puesto enteramente a disposición de Dios y de su santa voluntad; está segura de encontrar y de conocer esa voluntad adorable y la cumple siempre: ése es su único deseo, no pide nada más, ése es el verdadero amor de Dios.

Ningún amor terrenal puede compararse con el amor celestial, que es infinitamente más poderoso, más grande y más apremiante para el alma; sin embargo, incluso en los asuntos terrenales, cuando sabemos que vamos a dar un gran placer a alguien a quien amamos, a veces abrazamos las mayores dificultades por su causa: una madre que está cerca de su hijo abraza y acepta dificultades extremas e incluso la abyección. La pobre Sra. H. B., por ejemplo, que tuvo un hijo tonto y malvado, abrazó tanto la abyección como la molestia de cuidar a este pequeño ser porque lo amaba, era su hijo. Y, sin embargo, no hay comparación entre el amor más noble y más puro, el de una madre, y el amor que podemos tener a Dios, como lo tuvieron los santos.

San Benoît-Joseph Labre nunca se cansó de llevar una vida de abyección, miseria y sufrimiento por Dios. Carecía de todo, era objeto de burla para todos, y nunca tuvo suficiente abyección; cuanto más sufría, más feliz era. Cuando los chiquillos le revolcaban en el barro y le golpeaban con palos, era feliz porque amaba a Dios con un amor tan grande que ya no tenía opción a nada que pudiera relacionarse consigo mismo. Había llegado hasta el tercer grado de que habla San Ignacio. No sólo tenía indiferencia, sino inclinación al sufrimiento, al desprecio, a la miseria y a la pobreza, y en esta sublime inclinación, que le venía de su gran amor a Dios, gastó su vida.

Tenemos motivos para ser humildes, pues no hay ninguno de nosotros que no pueda decirse a sí mismo que, a diferencia de San Benoît Labre, tenemos la inclinación de hacer que todo gire en torno a nosotros, que hay cosas que queremos tener y cosas que no queremos tener, o cosas que tenemos y a las que nos aferramos. Sin embargo, no debemos aferrarnos a nada si queremos ser verdaderos discípulos de Jesucristo, si